

PERSPECTIVAS PARA NOVIEMBRE EN U.S.A.

¿QUE SUCEDIO EN EL PARTIDO REPUBLICANO?

Desde la guerra civil del siglo pasado, el Partido Republicano adquirió en los Estados Unidos categoría de grupo político avanzado. El hecho de que en el sur sea prácticamente inexistente ante la fuerza demoleadora de los racistas blancos que controlan al Partido Demócrata, y que entre sus miembros haya algunos como los que controlan al Partido en el Estado de New York, nos confirma esta idea. Sin embargo, ya desde antes del período de Eisenhower los grupos reaccionarios de los Estados Unidos se han lanzado a un paciente trabajo por conquistar este partido, como un medio para llegar al poder.

Así, en esta escena, surge el senador Barry Goldwater, que decide entregarse a la política luego de haberse ganado fama como naturalista en su Estado de Arizona, donde, entre paréntesis, goza de gran popularidad. Goldwater es un hombre con bastante ingenuidad y con algunas ideas fijas, las cuales expresa públicamente sin fijarse mucho en las consecuencias, y tiene, según parece, una cálida personalidad, que tanto sirve a la hora de hacer campañas políticas. Pero más importante que Goldwater, a mi manera de ver, son los grupos que están detrás de él, quienes le apoyan, quienes han decidido llegar a la Casa Blanca para terminar de una vez por todas con lo que ellos consideran una vía que les va llevando al Comunismo y a la entrega en manos de sus enemigos. Y éste es el peligro más evidente de todo el auge de Goldwater: los grupos que le respaldan, la gente que él representa y que, después de haber conseguido, gracias a una labor ardua, larga y paciente, el control de la maquinaria del Partido, no están dispuestos a dejar que ésta se les vaya de las manos.

Cuando entramos en el año 1964, los chances de Goldwater, luego de la muerte de Kennedy, y la llegada de un texano a la Casa Blanca, no parecían de mucha monta. Poco a poco, sin embargo, se fue viendo que poderosas fuerzas estaban al trabajo en todo el país para darle a los Estados Unidos este hombre como Presidente. Para cuando llegamos a la fecha crucial del 2 de junio, cuando Goldwater no había tenido ninguna victoria significativa en las elecciones primarias, se sabía que en este día California, el Estado más populoso de toda la Unión (más de 18 millones de habitantes), decidiría en mucho quién sería el candidato republicano a la presidencia del país. Había dos candidatos: Rockefeller, gobernador de New York, y el senador Goldwater. El primero tenía en su contra el hecho de ser del Este, y, en una sociedad que aún conserva muchas trazas de puritanismo, y en la cual la población católica cuenta, su reciente divorcio e inmediato matrimonio. Si bien tenía a su favor el respaldo de los otros grupos "liberals" del Partido Republicano (tal el apoyo que le dieron los partidarios de Cabot Lodge) y el entusiasmo que le había insu-

flado la victoria en Oregón. Goldwater contaba con el apoyo evidente de grandes grupos de dirigentes del Partido, el trabajo de los "Young Republicans" (entre quienes es bastante fuerte la infiltración de la "John Birch Society"), los grandes grupos de presión, la sorda oposición anti-negra de muchos blancos y la prensa de algunos sitios, entre los cuales destaca el periódico de Oakland, que dirige el ex-senador Knowland, jefe del ala conservadora de los republicanos de California. La campaña que precedió a las elecciones fue subiendo de tono hasta llegar a veces a ataques personales en público, ataques que muchas veces dejaban pálidos nuestros patrones políticos. Y así llegó el 2 de junio. Rockefeller arrasó en todo el Norte de California: Y hasta avanzado el día, le iba ganando a Goldwater. Sin embargo, había un detalle muy importante: faltaban por contar muchas de las mesas electorales del Sur de California. Y esta zona es el refugio del más rabioso nacionalismo y de los más agresivos grupos reaccionarios de la actual escena política norteamericana. Para no citar más que un caso, digamos que entre los católicos hay dos organizaciones: la "Cardinal Midzenty Foundation", que se dedica a detectar y atacar todo lo que, según ellos, huelva a comunismo, y los "San Diego Catholics for better libraries", que tiene como función especial la de ser una especie de inquisición en todas las bibliotecas de los centros católicos de la zona, impidiendo que haya cualquier libro o revista que, aunque esté respaldado por el "imprimatur", ellos consideren sirve a la causa comunista. Y ya entre la población en general, la conocida "John Birch Society" tiene una larga audiencia entre muchos grupos de la clase media y mantiene un rígido control ideológico sobre cualquier actividad cultural que se desarrolle en la zona, desde sermones religiosos hasta el tipo de literatura que se debe leer. Así, ya contados la mayoría de los votos, era evidente que Goldwater no sólo había ganado la nominación en California, sino que ya podía ser considerado como el candidato de los republicanos.

El triunfo de Goldwater dirigió repentinamente la atención de los comentaristas hacia dos hechos muy importantes: primero: que en muchos Estados donde no había elecciones primarias, los grupos reaccionarios, gracias a un trabajo callado y paciente, habían logrado el control de las respectivas delegaciones y de las maquinarias del Partido. Las declaraciones de uno de los dirigentes de la "John Birch", concernientes a la forma como la maquinaria del Partido fue capturada en Texas, nos hace pensar que lo propio ha pasado en otras partes, y segundo: que los votos por Rockefeller, más que responder a un respaldo a éste, lo hacían a un tardío deseo de los grupos avanzados por detener la marea reaccionaria que se venía encima, y en la cual es de sospechar que intervinieron grupos del Partido Demócrata. Y esto llevó a una conclusión bastante seria: los "liberals" en el partido re-

publicano carecían de la fuerza y de la mística que les hubiera hecho capaces de poder detener el proceso que se estaba dando en el partido.

LA CONVENCION DE SAN FRANCISCO

Y así llegamos a la convención de julio en San Francisco, que la historia dirá cuán decisiva ha sido para la vida de este país. Los grupos que apoyaban a Goldwater sabían dos cosas: que ya tenían segura la nominación de su candidato; pero que también los "liberals" venían decididos a jugar su última carta y que la prensa y la ciudad ya habían manifestado su hostilidad a Goldwater. Dado el sistema yanqui de las convenciones políticas, ellos sabían también que hasta no tener el asunto ganado no podían darse por vencedores, y que cualquier paso en falso podría ser peligroso para el futuro de su candidato.

Ya en los días previos a la convención, el gobernador Scranton había polarizado toda la oposición a Goldwater, y los "liberals", aterrados, se volcaron hacia él en un último esfuerzo por detener la caída del partido en manos de los extremistas de derecha. Pero quienes habían trabajado tan pacientemente, preparando una decisión favorable a Goldwater, no se iban a detener ahora. Así fue como algunos de los hechos que se produjeron en la convención: la rechifla a Rockefeller, la larga y penosa discusión en la cual fue rechazada la moción de condena al extremista ("John Birch", "Minute men", "Ku-Klux-Klan" y similares), la actitud ante la prensa y las presiones ejercidas sobre los partidarios de Scranton (se habló de que fueron cortadas las comunicaciones telefónicas del "estado mayor" de los apoyadores de Scranton, por los grupos derechistas) y todo el despliegue de entusiasmo mostrado por la gente de Goldwater dan fe de esta decisión de triunfar.

Pero para el fin de la convención se vio que ya no había nada que hacer. La "John Birch" (que, según confesión de uno de sus dirigentes, llevó a la convención alrededor de 100 delegados) y otros grupos veían ahora los frutos de sus esfuerzos y poco a poco la convención fue llevada a un apoyo total a Goldwater. El triste papel que Scranton hizo ya al final, cuando pidió apoyo unánime a Goldwater, no hace más que añadir dramatismo al evento.

La confianza que aún quedaba a los "liberals" de poder imponer condiciones sobre toda la base ideológica de Goldwater, gracias al apoyo que al último momento dio Scranton, así como a las veladas insinuaciones de división en el campo republicano si se insistía en seguir adelante con tal política, se vieron desvanecidas al producirse dos hechos: la escogencia del católico William Miller (donde quizá habría que ver un no muy oculto deseo de atraer los votos católicos, cosa que se manifiesta por la evidente simpatía que la prensa católica conservadora ha mostrado al hecho), connotado conservador neoyorquino y figura gris, que se veía así recompensado por el interés que, desde su posición como director del Comité Central del Partido puso en lograr el triunfo de Goldwater; y el discurso de aceptación, en el cual el senador, ahora candidato presidencial, reafirmaba una vez más, y en ocasión tan solemne, toda su filosofía política. Allí resonaron términos como la "santidad de la propiedad privada",

la "liberación de las naciones cautivas de Europa oriental" y otros muchos, ya suficientemente conocidos del mundo y que forman parte de la vasta literatura conservadora de nuestra política contemporánea. Pero la frase que ha causado más malestar, sobre todo por referirse a un tópico en el cual se había centrado un duro debate días anteriores, fue aquella de que "les recuerdo que el extremismo en la defensa de la libertad no es vicio, y también que moderación en la búsqueda de la justicia no es virtud". Como era de esperarse, un endiosamiento del extremismo y una condenación de la moderación en estas circunstancias equivalían a un voto de aplauso a aquellas organizaciones que exactamente practican eso en la consecución de sus muy "particulares" ideas de lo que es "justicia" y "libertad". Porque aquí está mucho del problema. Todas estas organizaciones fascistas se reclaman como las defensoras de la "civilización occidental cristiana" ante la amenaza comunista, y pretenden volver al mundo maravilloso de lo que antes fue Estados Unidos. Aquí habría que recordar a nuestros grupos reaccionarios venezolanos, algunos de cuyos portavoces han visto la nominación de Goldwater como algo que representa una gran ganancia para nosotros, que el extremismo derechista americano se destaca por un fuerte tono chauvinista, un deseo de que este país esté "über alles", un gran interés por acentuar la supremacía blanca tanto aquí como en todo el mundo, y lo que más nos concierne a nosotros, una vuelta a la política del "big stick", tan dolorosamente famosa en los comienzos de este siglo.

Y este discurso tiende a preocupar mucho más cuando se sabe que su autor real —también en los Estados Unidos se usa el que los discursos de importancia sean hechos no precisamente por quienes los dicen— es Karl Hess (según nos lo afirma el número 8 de agosto del semanario "The New Republic"), quien ya se ha destacado antes como escritor en la revista "The American Mercury", una revista de típico corte fascista y que ya en 1959 fue considerada por la "Anti-Defamation League" como la más importante publicación anti-semítica en los Estados Unidos, y que entre sus campañas dedica una atención especial a las Naciones Unidas como una gran agencia de infiltración comunista, que considera a Suecia como un gobierno totalitario (!), y así otras perlas por el estilo.

Los comentaristas de la actual escena política norteamericana consideran a la convención de San Francisco algo así como el "cruce del Rubicón". En efecto, según algunos de entre ellos, la gente de Goldwater ya ha comenzado a prepararse para una eventual derrota en noviembre y las explicaciones que de ello tendrán que dar. La idea, hoy por hoy, como lo decía uno de los últimos números de "Commonweal", es de que, aun cuando los republicanos pierdan estas elecciones, el control del partido ya está en manos de los extremistas de derecha, y que tal como las cosas se presentan, los "liberals" no tienen ninguna posibilidad de disputárselo. Todo ello nos hace prever, pues, que los Estados Unidos están llegando a un bipartidismo real. Y, hoy por hoy, dos cosas preocupan a muchos norteamericanos: el que los demócratas sucumban a la tentación de, en la lucha por conquistar votos, dar un viraje a la derecha o que se vean forzados a adoptar cada vez más posiciones izquierdizantes. Por de pronto, los "liberals" comienzan a ejercer presión so-

bre ellos para que no se produzca la primera posibilidad. El editorial de un reciente número de "Commonweal", en el cual pide a Johnson consecuencia con las ideas que representa, como Goldwater lo está siendo con las suyas, nos indican que por los momentos esto será lo que absorba mucha tinta de los grupos avanzados en Estados Unidos.

POSIBILIDADES DE GOLDWATER

Según nos vamos acercando a noviembre, y se presentan estos meses bastante "calientes", parece ser que Goldwater va ganando terreno. Y para decir esto no nos basamos en lo que la prensa de derecha dice, sino en los temores que los "liberals" manifiestan. En efecto, las exigencias que hacen a los demócratas, los comentarios acerca de la táctica que estos últimos seguirán y acerca del efecto que van produciendo las ideas de "ley y orden" de Goldwater, en lo que respecta a los desórdenes raciales que recientemente han tenido lugar en New York y varios sitios del país, así como el cada vez más abundante uso del término "white backlash" para manifestar el temor y la reacción que se va dando entre la población blanca ante los avances del movimiento negro, nos manifiestan que los republicanos sacarán magníficos dividendos de esta situación y que mucho de su posible triunfo se basaría en los malestares que esta época de transición produce en el país.

Como ya decía "Le Monde", de París, la base electoral de Goldwater está formada básicamente por las clases medias americanas. Maestras, funcionarios públicos, algunos estudiantes de universidades provincianas y nosotros añadiríamos muchos grandes capitales. En los primeros, el calor y la convicción que emanan de Goldwater produce un entusiasmo delirante. Y ello sucede porque, a mi manera de ver, Goldwater dice en voz alta lo que mucha de esta gente piensa en voz baja. El representa las soluciones simplistas que ellos tienen de cómo deben ser resueltos los problemas del mundo. El está por un tipo de política que aunque inocente en sí, no deja de envolver consecuencias muy graves. Para no citar más que un caso, tomemos los llamados "derechos de los Estados". Lo que se pretende es que cese la corriente de centralización que concentra mucho del poder en el Gobierno federal. Pero esto no deja de ocultar una realidad muy amarga. De darse tal cosa, ello significaría que los negros del Sur serían entregados en manos de la élite blanca que les viene dominando desde los tiempos de la esclavitud. Y así otras. A estos grupos, pues, Goldwater ofrece una solución simple y radical a muchos problemas, pero lo que no les dice son las consecuencias que tendrían algunas de sus ideas de llevarse a la práctica. Y en ello encontramos el caso de su actitud ante las Naciones Unidas, sus ideas acerca de la política exterior, sus opiniones sobre el control de armas nucleares y su manifiesta antipatía hacia los regímenes del mundo socialista, con quienes, mal que bien, todo presidente americano tiene que tratar.

Tal como se desarrollan los acontecimientos, es evidente que Goldwater sacará mucho provecho de las dificultades que hoy viven los Estados Unidos. En el Sur goza de un enorme prestigio, mucho más cuando se sabe que él votó en contra de la Ley de los Dere-

chos Civiles. El que el gobernador Wallace, de Alabama, famoso por sus ideas racistas, haya abandonado la lucha por la nominación presidencial y haya insinuado su apoyo a Goldwater, así como el hecho de que en un reciente survey llevado a cabo en la legislatura de Mississippi, controlada por los demócratas, dos tercios de sus miembros se manifestaron decididos a votar por él, así como la formación de comités "Democrats for Goldwater" en varias partes del Sur y el apoyo declarado de algunas grandes personalidades políticas de la zona nos hacen pensar que va a ser difícil para los demócratas contar con los votos del Sur como siempre lo han hecho hasta ahora. Puestas ya las cartas sobre la mesa, es difícil que el hecho de ser texano y demócrata pueda variar todo lo que el problema negro ha producido en el Sur. En otras regiones del país, el problema es más sutil, pero hay factores que favorecen a Goldwater. Recientemente, éste logró que no se hiciera del problema racial un tópico de la campaña. Con ello se consiguen dos cosas: se hace posible contrarrestar las críticas de los negros y se evitan el ser envueltos en una polémica que puede llegar muy lejos. Pero al mismo tiempo se logran los votos de los blancos, a quienes no se les enfoca el problema públicamente, pero de quien se recogen los votos precisamente por todo el malestar que va produciendo la lucha de los negros por una igualdad total. En efecto, parece ser que en grandes sectores de la población blanca se comienza a pensar que los negros están yendo demasiado lejos y demasiado velozmente, y que si ello se permite y no se detiene ya, pronto todo el país será dominado por ellos. El resurgimiento del KKK y el descaro con que está actuando son una manifestación de ello. Y el hecho de que Goldwater públicamente se haya desentendido de ellos no es óbice para que su "mago supremo" haya declarado, públicamente también, que ellos darán todo su apoyo al candidato republicano.

Tal cual hoy día se presenta el panorama político, Goldwater no parece tener posibilidades de triunfar. Pero aún quedan tres meses por delante, y los grupos que apoyan a Goldwater están trabajando a todo vapor. Por otro lado, la reacción blanca ante la impaciencia —bastante justificada, por otra parte— de los negros tendrá mucho que ver en las elecciones de noviembre. Y todo nos permite prever que, de ganar Goldwater, los problemas, en vez de aminorar, se agigantarán, porque internamente contará con la oposición cerrada de los "liberals", el desborde del movimiento negro y las presiones de los grupos que si le llevaron hasta donde pudiera alcanzar la presidencia, no fue precisamente para que contemplara el estado del tiempo, y externamente con la oposición de la opinión de sus aliados europeos, que con tanto temor ven la posibilidad de un régimen fascistoide instalado en Washington, el entusiasmo comprometedor de la prensa reaccionaria del mundo entero y los enormes problemas de tipo internacional que en esta era atómica se presentan a un país de las responsabilidades de los Estados Unidos. Ojalá que el buen sentido, y yo hasta añadiría que el buen gusto de los norteamericanos, no nos dé una desagradable sorpresa en este noviembre venidero.

A. C. M.

California, agosto 1964.